

EL ÚLTIMO
Romanov

Dora Levy
Mossanen

Título original: *The Last Romanov*

Primera edición: 2013

© Dora Levy Mossanen, 2012
publicado de acuerdo con el autor c/o Baror International,
INC, Armonk, New York, USA
© de la traducción, Alejandro Pareja Rodríguez, 2013
© Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-867-0
Depósito legal: SE-1.332-2013
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Capítulo 1.....	15
Capítulo 2.....	25
Capítulo 3.....	37
Capítulo 4.....	43
Capítulo 5.....	55
Capítulo 6.....	65
Capítulo 7.....	75
Capítulo 8.....	81
Capítulo 9.....	87
Capítulo 10.....	97
Capítulo 11.....	103
Capítulo 12.....	109
Capítulo 13.....	123
Capítulo 14.....	135
Capítulo 15.....	143
Capítulo 16.....	153
Capítulo 17.....	161
Capítulo 18.....	169
Capítulo 19.....	175
Capítulo 20.....	179
Capítulo 21.....	185
Capítulo 22.....	193

Capítulo 23.....	201
Capítulo 24.....	217
Capítulo 25.....	225
Capítulo 26.....	235
Capítulo 27.....	241
Capítulo 28.....	255
Capítulo 29.....	267
Capítulo 30.....	277
Capítulo 31.....	287
Capítulo 32.....	297
Capítulo 33.....	303
Capítulo 34.....	311
Capítulo 35.....	321
Capítulo 36.....	327
Capítulo 37.....	333
Capítulo 38.....	341
Capítulo 39.....	351
Capítulo 40.....	355
Capítulo 41.....	361
Capítulo 42.....	375
Capítulo 43.....	389
Capítulo 44.....	395
Capítulo 45.....	407
Capítulo 46.....	413
Capítulo 47.....	419
Nota de la autora.....	425
Agradecimientos.....	429

*Para mi padre, Sion Levy, de bendito recuerdo,
y para mi madre, Parvin Levy, mis amados
maestros, y para Hannah Sophia y Macabee
Ryan Ascher, mis estrellas brillantes*

«¿Qué han de ser nuestras vidas sino una serie continua de comienzos, de salidas dolorosas a lo desconocido, pasando de los límites de la consciencia al misterio de lo que no hemos llegado a ser aún?».

DAVID MALOUF, *Una vida imaginaria*

«Pienso en uros y en ángeles, en el secreto de los pigmentos perdurables, en los sonetos proféticos, en el refugio del arte. Y esta es la única inmortalidad que podemos compartir tú y yo, mi Lolita».

VLADIMIR NABOKOV, *Lolita*

— 1887 —



MIENTRAS RESUENAN EN LAS PROFUNDIDADES DEL bosque primigenio los bramidos de los uros salvajes, Boris Spiridov extiende su capote de cazador sobre un colchón de hojas secas y Sabrina Josefina, hija de un gran duque y favorita en el palacio de los Romanov, se pone en cuclillas como si hubiera pasado toda su vida en este bosque. Boris, a su espalda, alto y recio, carga el peso de ella contra sus piernas, sujetándola de las axilas con las manos. Ella abre bien las rodillas, hace acopio de sus grandes reservas de fuerza, y empuja una sola vez. Nace una niña. Una niña de rizos negros y con la piel del color del cobre. Una niña de ojos dorados exquisitos, uno de los cuales es un ópalo translúcido que refleja la hondura de sus emociones.

CAPÍTULO 1

— 1991 —



DARYA BORISOVNA SPIRIDOVA SE DESPIERTA CON SOBRESALTO al oír unos golpes persistentes en la puerta de su casa. Las mariposas aletean sobre su piel, serpentean entre sus rizos plateados, susurran bajo las sábanas. Una nube de mariposas sale flotando del dormitorio al vestíbulo.

Envuelta en un chal de satén fino, con el bastón del zar Nicolás II en una mano y un candil de aceite en la otra, se desliza en silencio por el pasillo del ruinoso Palacio de Diversiones para llegar ante la enorme puerta de roble macizo.

Criadito aparece con una fuente de *pirozki* y un vaso de vodka. Su sonrisa deja al descubierto una dentadura llena de dientes de oro, que costó a Darya una cruz con perlas engastadas.

—¿La ayudo, señora?

Ella levanta una mano para mantenerlo a raya. El enano, con ese brillo travieso en los ojos y con su costumbre de surgir de la nada en los momentos más inoportunos, puede resultar molesto.

—Esto es para mí. Lo atenderé yo.

Se ciñe el chal a los hombros; a la luz tenue del candil, sus rizos arrojan sombras mientras ataca las muchas cerraduras y cerrojos. La puerta emite un suspiro y un ruido metálico, se abre después con un gran chirrido, y Darya se encuentra cara a cara con un joven de ojos rasgados que lleva un uniforme del color de las costas de Crimea.

—*Dobroe utro!* —la saluda, haciendo una reverencia, llevándose la mano al borde de una *shapka* de piel de zorro que lleva posada en lo alto de su cabeza estrecha, cónica, y tendiéndole con la otra mano un sobre de papel pergamino de color crema.

Cuando ella ve en el sobre el sello de la Asociación, que conoce bien, la mano le vuela al huevo de Fabergé en miniatura que lleva al cuello colgado de una cadena. La Asociación de la Nobleza Rusa es una asamblea deshilvanada de restos de los aristócratas, descendientes de los Schervatov, Golitsyn, Bobris-koi, Yusupov y Sheremetev. Antes de que los bolcheviques sin madre destruyeran Rusia, aquellos aristócratas se paseaban en sus carrozas relucientes por la Perspectiva Nevski, camino del teatro Mariinski, o de uno a otro de los palacios en los que, envueltos en pieles y deslumbrantes de joyas, tomaban caviar perlado del Caspio a cucharadas y chocaban las copas de champán con sus majestades imperiales, el zar Nicolás Alexandrovich Romanov y Alejandra Feodorovna. Se comunicaban en francés con sus hijos y sus institutrices suizas; en inglés con sus *nannies* y sus amigos británicos, y en ruso con sus criados.

Aquellos aristócratas exiliados siguen soñando, haciendo planes e intrigando para reinstaurar la monarquía; aunque descartan su búsqueda del zarévich, considerándola la última fantasía de una loca.

—*Spasibo*, hijo —murmura Darya, dando las gracias al mensajero de cara rubicunda. Retrocede, disponiéndose a ce-

rrar la puerta, pero el muchacho sigue plantado en el umbral, cautivado por la mujer de ciento cuatro años, de ojos hipnotizadores, uno de los cuales es un globo de ópalo agrietado. No un ópalo lechoso como los que se extraen de las grietas de la tierra, sino de un tono dorado lúcido, desafiante y lleno de misterio.

—¡Es usted tan hermosa, tan distinta! —se oye decir a sí mismo, con la lengua trabada—. ¿Es verdad que su ojo de ópalo puede leer los pensamientos de los animales?

Darya le clava la mirada agrietada.

—También a los seres humanos, *golubchik*, mi querido amigo. Lo veo todo, hasta lo que no quisiera ver.

A su edad, ha aprendido a aceptar muchas cosas... A aceptar la grieta del ópalo, consecuencia de un dolor de hace mucho tiempo, de haber sido testigo de una tragedia, de una mancha negra que no se debería haber producido. Ha aprendido a aceptar la curiosidad que despierta su ojo; a aceptar que su belleza, no empañada por el tiempo ni por las desventuras, también es una rareza. De modo que, a pesar de su impaciencia por enterarse de lo que viene en el sobre, opta por responder al muchacho valiente, que le recuerda a Criadito cuando se presentó en su puerta veinte años atrás, con la boca llena de dientes estropeados y dos civetas de gruesos hocicos en los brazos, y le aseguró que a sus padres los habían exiliado «a los campos». Le había dicho que no le importaba que todos la tuvieran por hechicera y que creyeran que sus mariposas eran los espíritus de los Romanov. En realidad, sus excentricidades le venían bien, le había dicho, porque también él era diferente. Le había prometido que trabajaría de firme a cambio de la comida y el alojamiento, y le había afirmado que sus gatos monteses estaban enseñados a recoger las bayas rojas de café de los cafetos que él le prometía que plantaría en su jardín, las bayas que darían el café más aromático. Ella había abierto la puerta y le ha-

bía dejado entrar sin más. Y ahora, a pesar de su costumbre de encender las chimeneas cuando no está ella, sus largos silencios y el vodka excelente que destila se han convertido en complementos agradables para su vida solitaria.

Darya frota el sobre entre las palmas de las manos y brinda al joven uniformado una sonrisa que pone al descubierto sus dientes impecables.

—¿Te gustaría una botella de mi vodka casero?

Él mueve los pies con inquietud, sin estar seguro de lo que manda el protocolo, de si debe aceptar o rechazarlo educadamente. Optando por lo más seguro, responde:

—No bebo, *spasibo*.

Ella suelta una carcajada, rara en ella, que le surge del vientre y estalla en una alegría volcánica.

—¡Qué lástima! Un vaso de buen vodka al día te conserva la salud. Pero yo lo entiendo, muchachito, claro que lo entiendo. Eres joven; no te han tocado las tragedias; estás borracho de vida. Con todo, si cambias de opinión, te daré con mucho gusto una botella de mi excelente vodka.

—¿Es por el vodka por lo que parece usted tan joven...? Perdone. Dicen que es vieja, pero no parece vieja en absoluto. ¿Es verdad que es usted vieja?

—¡Vieja! Ve a lavarte la boca, chico.

Lo mira ladeando la cabeza; le escudriña los ojos en busca de algún indicio de malicia o de burla, y al no encontrar más que la inocencia de la juventud, añade:

—Los secretos de mi larga vida son mis pasiones, mis obsesiones y mis sueños, que no han cambiado en lo más mínimo desde que tenía diecisiete años y vivía en el bosque de Belovezh con las aves del paraíso y los animales silvestres. Hoy estoy más animada, si cabe. Ahora, vete, y comparte esto con tus jóvenes amigos.

En el secreto de su longevidad hay algo más, por supuesto. Un trozo de ámbar gris que encontró en la costa de Crimea sigue siendo esencial para su aspecto juvenil. Y también contribuye su optimismo, esa capacidad suya para sustentarse a base de esperanzas y alimentarse de recuerdos. Incluso cuando las bayas alucinógenas de su jardín no bastan para acallar la combinación de recuerdos y culpas, ella se niega a perder la esperanza. La esperanza de que el zarévich sobreviviera al horror de aquella noche remota y siga gozando de buena salud, a pesar de su edad. La esperanza de que ella volverá a tenerlo en sus brazos y a cubrirle la cara de un millón de besos tiernos.

—¿Puedo preguntarle otra cosa? —dice el muchacho.

—*Ne budet-li*, ten cuidado con lo que preguntas, joven —responde ella, con una nubecilla de mariposas acurrucadas en el hueco de su mano.

—¿Es verdad que usted fue *tyotia* Dasha del zarévich, Alexei Nikolayevich Romanov?

—La respuesta es que sí. *Da!* Fui su dama de honor, su querida tía Dasha. ¡Vete ya! *Shast'ya i zdorov'ya!* ¡Buena suerte! Y acuérdate de nuestro zarévich en tus oraciones —responde, mientras revolotea a su alrededor una nube de mariposas, como si fueran ornamentos.

El muchacho, que la encuentra menos temible de lo que le habían hecho creer, exclama:

—La gente dice que usted es una hechicera, y que esas mariposas son los espíritus de los Romanov, que alejan a sus enemigos y la ayudan...

—Hablas demasiado, hijo. Cierra la boca, o vas a empezar a vomitar sapos gordos.

Le da un empujoncito suave con el bastón y cierra la puerta a su espalda. Agita la mano para espantar a dos mariposas pertinaces que se posan en el sobre, y lanza un bastonazo a

una rata que se acerca correteando por el pasillo para darle un mordisco en el talón. Otras ratas van y vienen, contentándose con las escasas sobras. Esta, de ojos saltones, es tan codiciosa como el que más de los rojos revolucionarios que se han cruzado en su camino, como el que más de los bastardos comunistas y antimonárquicos rastreros que se cagan en los pantalones solo de verla.

Rompe el sello del sobre y extrae una nota en papel pergamino. Con el corazón palpitándole con fuerza en el pecho, recorre con la mirada el texto escrito con letras doradas. Los emisarios de la Asociación de la Nobleza Rusa la convocan a una reunión de emergencia en la perfumería Rostislav. A las cuatro en punto de la tarde. Debe atender inmediatamente a una cuestión importante. ¿Qué ha podido pasar para que este círculo cerrado de monárquicos la convoque ahora? Ella los ha estado observando a lo largo de los años, siguiendo su búsqueda patética y fracasada del sucesor al trono, de su pupilo precioso, de su dulce Alyosha, del hombre que restauraría la monarquía. A lo largo de los años iban apareciendo sucesivos aspirantes al trono, pillos e impostores sin parentesco con los Romanov, sin una gota de sangre real en sus venas secas.

Pliega la nota, reflexionando sobre la búsqueda continua de ella misma por las calles contaminadas de Ekaterinburgo, por los bulevares atestados de tráfico, por los edificios cubiertos de hollín y por los autobuses apestosos, para escrutar a cualquiera que pudiera tener una semejanza remota con su zarévich, su príncipe adorable, con ojos melancólicos en los que se reflejaran sus sufrimientos. Sigue viajando por el país para escuchar a cualquiera que pueda alegar que posee alguna información sobre un Romanov, para verse con un impostor tras otro, para inspeccionar la geografía de sus rostros y cubrir de cenizas sus cabezas mentirosas.

Criadito vuelve a aparecer con su bandeja.

—¿Su desayuno, señora?

Vuelve a meter la nota en el sobre, y libera a una mariposa que se había colado dentro.

—Hoy no.

—¿Una noticia importante, señora?

—Sí, sí; tengo que asistir a una reunión importante.

—¿Ahora mismo, señora?

—No, falta una eternidad. Bueno, no tanto, pero lo parece. Tendré que estar en la perfumería dentro de cuatro horas.

—¿Quizá quisiera la señora que le calentase el *banya*? Eso siempre sienta bien.

—Sí; gracias. Haz el favor.

Se bañará, se dará champú en el pelo y disfrutará de una o dos bayas alucinógenas y de un vaso de vodka aromatizado para pasar el rato. Le gusta la sensación de liviandad que produce cada inmersión en el *banya*. Bañarse es un rito necesario, es su vía de acceso diaria al pasado, que le hace volver a su infancia y a sus amados padres.

El enano se apresura a preparar el *banya*, deseoso de agradar a su señora, quien, a diferencia de los demás, lo trata como a un igual, y no como a una cucaracha aplastada que hay que barrer y echar a la basura. Que él recuerde, siempre lo ha llamado *Criadito*, a pesar de que, aparte de su talla, los demás rasgos son bastante grandes: ojos saltones, nariz ganchuda, manos y pies como palas. Le gusta vivir aquí, donde está a salvo de miradas curiosas y puede vestir como quiera, con pantalones de satén anchos y de vivos colores y camisas que le hacen recordar su pueblo de origen, Bakshi. Su cuarto, a pesar de la pintura que se cae a pedazos y del olor a moho, le parece lujoso para lo que estaba acostumbrado, y le agrada ocupar una cama que en tiempos fue de la gran duquesa Anastasia. Sale, arrastrando

los pies, al jardín, con su macizo de bayas, sus mariposas vertiginosas, sus civetas montesas y la destilería de vodka donde hace fermentar higos negros, melaza, comino y pasas de Corinto. Y sigue el mismo camino por donde se paseaban el zar y la zarina setenta años atrás.

El Palacio de Diversiones, en el centro de un terreno de algo más de dos hectáreas, sobre una colina que domina la ciudad, es el lugar donde Nicolás II y Alejandra Feodorovna disfrutaban de sinfonías y de *ballets* tras las largas jornadas de actos oficiales. Rodeado antes de bosquecillos de abedules, tilos y cedros, el terreno está cubierto ahora de cafetos *robusta* y *arabica* híbrida que plantó Criadito cuando llegó aquí con sus civetas montesas.

Las civetas siguen criando y multiplicándose. De noche, se deslizan entre los cafetos y arrancan las bayas de café, mastican la pulpa y se tragan el núcleo duro. Criadito sale todas las mañanas al jardín y extrae de entre los muchos montones de estiércol de civeta las bayas de café refinadas por los jugos gástricos de los animales. Después, se pone a preparar el más exquisito de los cafés dulces, con aroma de vainilla y chocolate.

Este entorno, conservado milagrosamente, que oculta a la vista las ruinas de la revolución bolchevique y de los años de guerra civil, es la única residencia imperial que no confiscaron los comunistas y los antimonárquicos, por miedo a las mariposas que proliferaban y que ellos tenían por los espíritus de los Romanov.

Criadito entra en el *banya*, una casa de baños construida décadas atrás y que sigue en estado aceptable, aparte de que le falta el techo. Prueba el agua; la encuentra caliente y agradable y le añade una cantidad generosa de esencias de eucaliptos y de azahar; prepara un montón de toallas y dispone junto a ellas un tarro de sales exfoliantes y de ramas de abedul para azotarse.

Recoge del jardín cinco bayas alucinógenas y las dispone en un cuenco, sobre una hoja de higuera decorativa.

—El *banya* está dispuesto, señora —anuncia con formalidad.

Ella sale, dejando caer el chal a su espalda y quitándose el camisón, mientras Criadito va recogiendo las prendas y se las echa al brazo plegándolas cuidadosamente. Observa cómo se sumerge en el agua aromática, admirando el milagro que es ella. Tiene los músculos firmes, la piel del color de la canela en rama; en sus ojos dorados se refleja el esplendor de una mujer que está segura de su belleza. Criadito no se cansa de rebuscar en el Palacio de Diversiones algo que le pueda desvelar el secreto de su juventud eterna: un elixir, un conjuro, una hierba mágica. Algo que quizá pudiera servirle a él para crecer unos centímetros.

Se ha preguntado más de una vez si el secreto de su juventud puede tener algo que ver con la fragancia que emana del huevo de Fabergé en miniatura que ella lleva siempre colgado al cuello con una cadena de oro. Es una joya soberbia, no más grande que la uña del pulgar de él. Esmalte verde oscuro, salpicado de diamantes brillantes y de perlas, en cuyo centro está el retrato de una hermosa mujer pelirroja. Cuando se abre, su aroma penetrante, embriagador, es como la palmada juguetona de un amante.

Criadito ciñe los cabellos de Darya con un pañuelo y le pone una almohada bajo la cabeza. Le acerca el cuenco de bayas. Ella se deja caer en la boca dos, gordas y relucientes; chupa el néctar, saborea el gusto familiar, ácido y amargo. Alza la voz para decir a Criadito que vuelva a traerle el cuenco de bayas que se está llevando.

—Tenga cuidado, señora; están recién cogidas de la mata y son muy potentes.

—Tanto mejor —responde ella, extrayendo del cuenco a una mariposa terca y recogiendo el resto de las bayas, las suficientes para tener a raya su emoción hasta la reunión de la tarde.

Darya apoya la cabeza en la almohada, suelta un suspiro de satisfacción y cierra los ojos para imaginarse una época ciento cuatro años atrás, una época antes de que naciera ella, una época en que los uros vagaban en libertad por el bosque de Belovezh, y Sabrina era una mujer libre de inquietudes.